

DIOSDADO DE LO ALTO DE ODÓN BETANZOS:
RENOVADA VISIÓN DEL VIEJO IDEAL CERVANTINO

Por *Guido Félix*

José Padilla Valencia, al señalar con no discreta complacencia que la crítica de primer orden haya recibido la aparición de *Diosdado de lo Alto* como “el genial evento de nuestra literatura contemporánea”, aduce el oportuno comentario de que estando acostumbrados a tanta mediocridad con etiqueta de “novela”, la ocasión es propicia para que todo el mundo se regocije y congratule con la obra betanciana.

La lectura un tanto incidentada del segundo tomo de *Diosdado de lo Alto-con la señal en la frente*,¹ no ha sido óbice para comprobar que, efectivamente, Padilla Valencia tiene razón: la obra de Betanzos rompe enhorabuena con “la rutina sin vocación de vuelo” de tanta novela a la que el nombre le queda grande porque se reduce a mero novelón o a “novelería” mera.

Como sería evidente al que haya leído esta obra, Betanzos retoma el ideal más puro de bien social y lo eleva al pináculo más alto de una civilización en que el amor deja de ser ese algo sin rostro ni contorno que suele predicar el político oportunista y sensiblero, para convertirse, hipotéticamente desde luego, en sólida e indestructible cultura de la humanidad redimida o en vías de redención.

Para cumplir su objeto y misión, el autor une a su bien reconocida intuición poética la visión profética del hondo pensador. El feliz resultado de esta perfecta fusión entre el gran poeta y el escritor de la palabra medida, exacta, es *Diosdado de lo Alto*, encarnación misma del que quizá sea el más viejo anhelo del hombre: crear una civilización cimentada en el amor donde la paz reine soberana para siempre.

¿CRISTO O QUIJOTE?

A principios del decenio de los 80, al publicarse el primer tomo de esta novela (*Diosdado de lo Alto-con el puñal en el costado y los ojos*), me conté entre los que creyeron ver en el personaje creado por el genio betanciano, el porte, la intención y el estilo del manchego caballero de Cervantes. Otros, sin embargo, vieron en la figura de Don Diosdado el retorno del Cristo. Como sería lógico esperar, esta imagen se ha ampliado y acentuado debido a la resurrección del santo de Hespérida en el segundo tomo de la obra.

¹ *Diosdado de lo Alto-con la señal en la frente*, Odón Betanzos Palacios, Editorial de la Excma. Diputación de Huelva, España, 1990, pp. 264, Sp.

El propio Padilla Valencia llega al punto de afirmar que aun en la mente del lector menos ducho en asuntos exegéticos “resaltaría la figura inconfundible, siempre actual y divina, de Jesús de Nazaret”. Y para apuntalar su acento recurre a mostrar en pasajes de la obra de Betanzos y del Evangelio lo que juzga indiscutibles paralelismos entre el Redentor nazareno y el sabio humanista espambriano.

Aunque es innegable la semejanza entre ciertos rasgos notables del carácter y de los hechos de Cristo y Diosdado, creo que la “triste figura” del hidalgo cervantino pervive y asoma en el héroe betanciano. Ciertamente Diosdado de lo Alto (ahora Don Diógenes Agreda, a veces sólo Don Dionisio), al pensar en “el Cristo primero”, (p. 207) parece tener conciencia de ser “el segundo Cristo”. Con todo, Cristo o Quijote, el santo mismo se sabe “humano ante todo” (p. 232).

Y lo es realmente en más de un sentido y pese a su resurrección y a los milagros que le siguieron. Porque Don Diógenes Agreda es idealista de un género y estilo muy especiales. En el andar cotidiano de su pequeño y reducido mundo, traduce en práctica oportuna y eficaz el ideal de bien que lo consume; el bien grande y ancho a que su corazón aspira: el mundo bueno y bello donde el amor se fabrica “a golpes de bienes” (p. 24).

Así, en su ya legendaria mecanizada cabalgadura del carromato (nunca necesitado de nafta porque lo impulsa la energía que emana del santo) y en compañía de Plácido, (cuya placidez reemplaza horabuena la rudeza de roca del Pedro ayudante), le vamos recorrer los pueblos de Hespérida, “llevando consuelo al consuelo imposible” (p. 85), dejando a su paso una estela luminosa de bendiciones y la virtud única de un supremo ejemplo del que todo lo hace a la perfección: sana, aconseja y aun respeta los silencios ajenos (p. 77).

Cuando el momento lo exige, Don Diosdado levanta su pequeña gran tribuna y enfila su crítica al viejo orden. Su palabra, amplia y abarcadora como diría el autor, se dirige a lo social, a lo político, a la moda, a la música, al arte degradado y degradante, a las relaciones obrero-patronal, al turismo, a la farándula, a la decadencia, al imperdonable descuido de la lengua, a la descortesía en el trato, al maltrato a los animales, a la vagancia y, sobre todo, a los grandes imperios cuya pugna por ganar el derecho de regir los destinos de la humanidad deviene al fin muy conveniente y oportunista camaradería para el mal obrar y la perpetuación de la iniquidad a Oriente y a Occidente.

Don Diógenes Agreda —Diosdado redivivo— encarna la paradójica figura del “idealista práctico” que no por serlo renuncia a desenvolver su ideal en el más elevado de los ejemplos posible. En esto difiere marcadamente de tanto “idealista del balcón” que jamás se toma la molestia de bajar a la tierra para ponerse en contacto directo con la realidad de un mundo que se deshace en manos de unos hombres que han perdido todo sentido de dirección y que por tanto andan a ciegas y a tientas como cualquier borrachín de barrio.

Diosdado, buen Quijote, se propone el grande ideal de redimir el mundo y al hombre que lo habita. La pureza de su intento rivaliza con la limpidez de los dos únicos instrumentos de que se vale para ello: su palabra buena y su ejemplo estelar. Pero es notable que proyecto tan ambicioso tenga tan humildes y modestos principios: la vieja casucha de Simplicio y la nueva vivienda levantada en las Glorias, convertida por la presencia del santo en “santuario del bien y del amor”.

El autor se recrea entre las sencilleces y la “sonrisa de aire” de Simplicio (a veces Suplicio), la placidez del bueno de Plácido Celeste del Alba, los juguetones saltos y ladridos de los perros —“todos los perros”— y los profundos y elevados pensamientos con que se forja un mundo ideal de paz, de dicha, de bien. Desde allí traza las coordenadas del bien con las almas puras arcoiris del “universo mundo”, que siguen sus pasos en la pantalla del “viejo venerable” mientras aportan su rayo de luz a la cultura del amor grande que conciben.

LA VOZ DEL POETA

Odón Betanzos es ante todo poeta. Un gran poeta. No extraña entonces que en “cultura del amor” que su héroe propone en sustitución de “una civilización ajada, rota, sin ilusión posible” (p. 95), la poesía —la mejor poesía— sea a un tiempo venero de donde fluya y canal por donde corra y se deslice la esencia misma del espíritu en que se funda, que la inspira y la sostiene. Obligada consecuencia, diríase, de un libro hecho “en coordenadas de amor” como la civilización misma a que aspira el héroe betanzosiano.

Paradójicamente, sin embargo, la buena poesía en que viene envuelto el mundo nuevo que Betanzos entrega en su novela, atenta a veces contra una mejor comprensión de la obra. Digo “mejor comprensión” —no “más fácil lectura”— pues la lectura de las grandes obras siempre ha sido ardua tarea al que aspira penetrarlas para descubrir sus ocultos tesoros.

No sólo la poesía hace a ratos difícil ahondar en el mensaje del autor, sino su tendencia al oscuro simbolismo. Un ejemplo —y no es el único— se nos ofrece a la altura de la página 106 del segundo tomo. Por ello, pienso, la novela de Betanzos —principalmente la segunda parte— no es obra que inspire una lectura continuada en quien no tenga alas de poeta...

DIOSDADO EN PERSPECTIVA

Calificar la obra —ha dicho Anderson Imbert— es la “estricta función” del crítico. Manera elegante de decir lo que de otro modo sería típica perogrullada: que la tarea del crítico es criticar. Por ello, al adentrarse en la lectura de un libro en función crítica, es sólo natural y lógico esperar que el comentarista dé al lector su más honesta opinión respecto de por lo menos tres aspectos de su asunto: el designio del autor, la forma en que lo cumple, y el sentido y alcance de su realización. Pero hay que reparar en dos cosas más: 1) que lo que el crítico diga o pueda decir respecto de una obra literaria será siempre el resultado de su propia impresión en la lectura —no la “verdad última” acerca de ella—, y 2) que nunca será sensato esperar que la crítica sea mejor —ni peor— que el crítico que la expresa.

Teniendo en cuenta estas premisas, me propongo ahora rematar mi opinión respecto al segundo tomo de *Diosdado de lo Alto-con la señal en la frente*.

Lo que llevo dicho hasta aquí pudiera bastar —salvo severa exigencia del lector— para satisfacer por lo menos dos de los aspectos que ha de tener en cuenta el crítico a la hora de expresar su parecer acerca de cualquier obra literaria: el designio o “intención ideal” del escritor y la manera en que lo consuma. Como ha sido el caso con cada nueva producción del poeta, crítico y novelista rocianero, el segundo tomo de *Diosdado en lo Alto* no hace más que confirmar el reconocimiento de Betanzos como uno de los autores representativos de la literatura española contemporánea.

Quedaría entonces por ver el sentido o alcance de la novela objeto de este artículo. Como en otros trabajos del género en los que he expresado mi opinión respecto de un libro, he tratado de prevenir ese juicio periodístico —“espontáneo, improvisado e irresponsable”, al decir de Anderson Imbert—, y que es sólo reflejo del modo ordinario de conversar, a juicio de otro respetable crítico.

He tratado de prevenirlo, digo, pero ignoro si tal es el caso ahora. Diré, no obstante, que la novela de Betanzos, como toda obra que implica una visión del mundo es, al decir también del citado autor, más colectiva que individual, tiene por ello mismo un sentido más amplio y extendido que la de su mero contenido verbal.

Pero es ahí, precisamente, en el meollo mismo del idealismo betanziano, en su “intención ideal”, donde hallo la mayor dificultad de esta obra. Bien visto, sin embargo, no se trata tanto del ideal en sí cuanto de la manera de alcanzarlo. El propósito es, como diría san Pablo en otro sentido y contexto, “santo, justo y bueno”, pero las pautas propuestas para su realización carecen de una dimensión verdaderamente espiritual, de una cabal comprensión de la actual condición del hombre —del ser hombre— y de su absoluta incapacidad para erigir un mundo como la “civilización del amor” propuesta por Betanzos en su obra. No es un juicio sino un hecho que atestiguan sesenta siglos de historia humana.

El autor pretende continuar en la persona y obra de Diosdado el carácter y la misión de Cristo. Aun críticos como Padilla Valencia creen hallar notables paralelos entre el Salvador cristiano y el santo espambrío. Pero aunque esto último, como he dicho ya, no puede negarse, es imposible, casi audaz, hacer de Diosdado de lo Alto Orbea el continuador de Cristo. Y lo es por más de un sentido.

En primer lugar, Don Diosdado es un idealista martirizado en la primera parte de la novela y resucitado en la segunda por expresa voluntad de “dios”, es decir, de su autor. El héroe de Betanzos es asesinado por predicar contra la dictadura implantada en su país. Es primeramente mártir a causa de su oposición al régimen, y en el análisis final, del idealismo de redención social y universal que concibe y anima su prédica.

En segundo lugar, Don Diosdado se propone reemplazar una sociedad mala y decadente que cree obra de los “hombres malos” que la han concebido y sustentado, con un mundo paradisiaco, bucólico, que será, inicialmente al menos, el querer y el hacer de los “hombre buenos” que se integran en la santa cofradía del “Espíritu Imperio”.

Cristo, en cambio, no fue un mártir ni murió como tal. Su sacrificio en la colina del Gólgota no fue resultado de una prédica idealista que diera al traste con los cimientos de la sociedad de su tiempo, como en cierto modo fue el caso de Sócrates. Cristo viene al mundo con la expresa y doble misión de restaurar el Nombre de Dios entre los hombres y rescatar a éstos de la perdición en que se hallan. El Reino que predica es ante todo el que se instaura y erige en la conciencia humana que acata la voluntad divina.

Cristo no era un idealista a semejanza del Diosdado de Betanzos. Sabía, y lo sabía bien, que los hombres vejetaban bajo la oprobiosa opresión de una sociedad enferma, moribunda, cuyo fundamento era la injusticia. Pero tenía también plena conciencia de que esa sociedad no era más que reflejo y efecto de un estado de miseria moral que era, a su vez, consecuencia fatal de la hasta entonces irredenta condición espiritual del hombre, —de todos los hombres, no sólo de los reputados “malos”.

De ahí que al iniciar su ministerio en Palestina bajo el ojo escrutador de los sicarios de Roma, pronuncia la palabra apremiante que sería no sólo signo distintivo sino contenido esencial de su mensaje a ese mundo y al nuestro: “*¡Arrepentíos, y creed en el evangelio!*” (Mar. 1:15). Y el llamado es tan eficaz como pertinente, pues Jesús no cree posible erigir un mundo bueno con hombres malos e inconvertidos.

Como predicador itinerante —no encumbrado filósofo que dicta pautas desde su cátedra— El Maestro de Nazaret se esfuerza siempre en dejar bien claro que lo que realmente *contamina* al hombre emerge y brota de su “corazón”, y que, por tanto, la única esperanza de erigir un mundo bueno estriba en la conversión y regeneración de la conciencia humana. Para Cristo, como tantas veces lo ilustró con sus parábolas, todo lo demás sería vana “reforma”, mero paliativo, un poner remiendo de tela recia en vestido viejo que a la postre haría las cosas peor.

Cierto que hoy, en nuestro complejísimo y convulso mundo actual, como dice Diosdado, “otras y nuevas son las fuerzas amplias que cercan al humano” (p. 87). Pero,

según la más sabia y autorizada palabra de Cristo, perviven aún las peores y más terribles por su trágica y eterna consecuencia: aquellas que oprimen al hombre *desde dentro*, en su propia alma y conciencia, de cuyas garras sólo se libra aquel que acatando humildemente la voluntad divina revelada en la persona y obra del Hijo del Hombre, renuncia ex profeso a todo intento de procurarse su propia salvación o pretender la de los otros.

Desde el ángulo y la perspectiva cristianos, es decir, de Cristo, “la cultura nueva que se llama amor” del ideal betanciano (p. 152), pide, reclama, existe *algo más* —muchísimo más— que el hombre soñado por su héroe: el *nuevo hombre* de la teología paulina; que no es otro que el “viejo hombre” transformado por la gracia y el poder del amor de Cristo, cuya muerte vicaria y expiatoria no sólo satisface la máxima justicia de Dios respecto al precio inmensurable del pecado del hombre, sino que rescata a este del abismo y lo restaura a la original condición de pureza e inocencia en que desenvolvía su existencia antes de la trágica caída.

En el análisis final, y al despecho de los reparos hechos, no a la “intención ideal” del autor, como he dicho, sino al medio o medios que propone para alcanzarlo, *Diosdado de lo Alto* permanece como una gran novela moderna de alcance universal, de indiscutible valor filosófico, y de exquisita esencia poética.